

Enrique
Krauze

8

LETRAS LIBRES
ABRIL 2012

ABC DEL POPULISMO

La Universidad de Princeton, bajo la dirección del profesor Jan-Werner Müller, organizó un seminario sobre el populismo con algunos de los mayores expertos en la materia. Rescatamos estas tres ponencias, editadas para la revista, que discuten entre sí una definición de populismo y sus diversos avatares históricos.



EN TORNO AL POPULISMO

POR ENRIQUE KRAUZE

El populismo es indefinible en términos ideológicos: se aplica tanto a corrientes de izquierda como de derecha, a Hugo Chávez o al Tea Party. Por eso, quizá la mejor definición es la que atiende a la peculiar relación que se establece entre el líder político y la voluntad popular.

En una democracia, ese vínculo es siempre problemático y tenso. Si el líder abusa de su autoridad o impone su propia voluntad por encima de las leyes, puede desembocar en

una dictadura. Si la voluntad popular impera sin límite, puede desembocar en la ingobernabilidad o la revolución. Justamente para limitar ambos extremos y conciliar ambos impulsos están los famosos *checks and balances* y las libertades políticas, en particular la de expresión. En una democracia, el presidente (o el primer ministro) tiene que ejercer las atribuciones implícitas en su liderazgo (que hasta etimológicamente consiste en ser seguido, no en seguir) pero actúa en un marco diseñado para acotarlo. Aunque el mecanismo es lento, difícil, oneroso, es el mejor que han discurrido los hombres para gobernarse.

El populismo es una simplificación de ese complejo mecanismo. Lo que el populista busca –al menos esa ha sido



Ilustraciones: LETRAS LIBRES / Ego Carosia

la experiencia latinoamericana— es suprimir en beneficio propio la tensión entre el liderazgo político y la voluntad popular, y nada mejor para lograrlo que establecer un vínculo directo con el pueblo, por encima, al margen o en contra de las instituciones, las libertades y las leyes. La iniciativa, hay que subrayarlo, no parte del pueblo sino del líder carismático.

En el *Diccionario de política* de Bobbio se concede una importancia central a las definiciones míticas de “pueblo” que el populista emplea y que no se refieren a clases sociales sino a un vago conglomerado o una amalgama social: “Es importante sentirse pueblo —decía Eva Perón—, amar, sufrir, gozar como el pueblo, aunque no se vista como el

pueblo, circunstancia puramente accidental” (*Diccionario de política*, Siglo XXI, p. 1248). Del mismo modo, el libro ilustra las nociones típicas de “no pueblo” con la que los populistas demonizan a sus enemigos. Esta dicotomía es importante pero no fundamental, porque el contenido que se suele dar a ambos términos es variadísimo y aun contradictorio. La verdadera clave está en el líder. Él es el agente primordial del populismo. No hay populismo sin la figura del personaje providencial que supuestamente resolverá, de una buena vez y para siempre, los problemas del “pueblo”, y lo liberará de la opresión del “no pueblo”.

Para llevar a cabo su proyecto, el populista utiliza como vehículo fundamental la palabra amplificada en la plaza pública. Los demagogos existen desde los griegos, pero los populistas son producto de la sociedad industrial de masas y del megáfono. El populista se apodera de la palabra y fabrica la verdad oficial. Una vez investido en intérprete predominante o único de la realidad (o en agencia pública de noticias), el populista aspira a encarnar esa verdad total y trascendente que las sociedades no encuentran —aunque a menudo aspiran a ella— en un Estado laico. Por eso, muchos populistas adoptan símbolos religiosos y transmiten un mensaje de “salvación”: se vuelven “redentores”. Pero aun en ese caso la prédica es insuficiente, por eso algunos populistas buscan conquistar la voluntad popular mediante el uso discrecional de los fondos públicos. El reparto directo de la riqueza que suele derivarse de esa discrecionalidad no es criticable en sí mismo (sobre todo en países pobres, hay argumentos sumamente serios para repartir en efectivo una parte del ingreso, al margen de las costosas burocracias estatales), pero el populista nunca reparte gratis, menos aún para afianzar la autonomía de los individuos o las comunidades. El populista focaliza su ayuda, la cobra en obediencia. Con todo, tampoco los incentivos económicos bastan. Para mantenerse en el poder el populista militariza simbólicamente la plaza pública: alienta la confrontación entre el pueblo y las élites internas, y lo moviliza contra el acechante “enemigo exterior”.

El impulso del líder populista puede desembocar en la franca dictadura, es decir, en la cancelación de las leyes, libertades e instituciones de la democracia. Este era —según Aristóteles— el desenlace común en la Grecia clásica. “Ahora quienes dirigen al pueblo son los que saben hablar” (*Política*, v). Citando “multitud de casos”, explica que “las revoluciones en las democracias [...] son causadas sobre todo por la intemperancia de los demagogos”. Y el ciclo se cerraba cuando las élites se unían para remover al demagogo, reprimir la voluntad popular e instaurar la tiranía. Pero en el siglo XXI el propio demagogo puede ejercer de facto la autocracia con solo desvirtuar las instituciones y leyes de

la democracia. En un régimen populista (como el de Juan Domingo y Evita Perón o el de Hugo Chávez) se celebran elecciones y las instituciones siguen funcionando, pero sin autonomía ni equilibrios internos. El poder judicial pierde su independencia, el legislativo se ajusta a los deseos del ejecutivo, el proceso electoral no garantiza la libertad del sufragio. El único límite es la prensa libre, pero (como se ha visto recientemente en Ecuador) el ejecutivo tiene el designio claro de domesticarla. —

REFLEXIONES SOBRE UN CONCEPTO Y SU USO

POR CAS MUDDE

En el campo de las humanidades hay muchos conceptos disputados, pero pocos se discuten en tantos niveles diferentes como el de populismo. Los estudiosos ni siquiera se ponen de acuerdo en torno a la esencia del concepto, es decir, sobre la clase de cosa que es. Algunos hablan del populismo como de una ideología; para otros, es un movimiento, una estrategia, un estilo... No es sorprendente que varios estudiosos rechacen totalmente el concepto. Pero por debajo de ese debate, existe un consenso sobre dos elementos que pueden ayudar a explicar en parte la supervivencia del concepto: (1) el populismo trata sobre todo del pueblo, el *populus* (singular) o *populi* (plural); (2) el populismo está estrechamente relacionado con la democracia (de masas).

DEFINIR EL POPULISMO

Existe una auténtica plétora de definiciones de populismo en las distintas disciplinas de las humanidades. Aunque no es sorprendente que los economistas definan populismo de una manera muy distinta, por ejemplo, a los criminólogos, al igual que los historiadores con respecto a los sociólogos, incluso dentro de las diferentes disciplinas académicas son frecuentes definiciones muy distintas. En la ciencia política, el populismo suele definirse como estrategia política, estilo o ideología.

En la primera de esas tradiciones, la definición más influyente es la de Kurt Weyland, que entiende el populismo como “una estrategia política a través de la cual un líder personalista busca o ejerce el poder gubernamental a partir del apoyo directo, inmediato y no institucionalizado de grandes cantidades de seguidores generalmente no

organizados”.¹ El principal problema con las definiciones de populismo como estrategia política es que depende mucho de las regiones. Aunque puede definir la mayor parte de los fenómenos que normalmente se consideran populistas en América Latina, no es el caso de América del Norte o de Europa. Si el populismo norteamericano encontró muchas de sus expresiones más relevantes en movimientos sin líderes, desde el histórico movimiento populista al actual Tea Party, en Europa el populismo se expresa de forma especialmente notable dentro de partidos políticos más o menos establecidos.² En resumen, esta definición es demasiado limitada.

Las definiciones de populismo como un estilo particular de comunicación política son populares en la academia y en los medios. El populismo se define sobre todo como un estilo comunicativo específico, excesivamente emocional y simplista, que busca complacer al “hombre común” usando *su* lenguaje.³ Si la definición estratégica es demasiado estrecha, la definición estilística resulta demasiado amplia. Complacer al “pueblo” haciendo demasiadas promesas y pronunciando eslóganes simplistas es sin duda válido para todos los fenómenos populistas, al menos en algunos momentos. Sin embargo, hay pocos líderes y organizaciones políticas que no usen ese estilo político, que se ha convertido en el estilo por antonomasia de los debates políticos modernos. Por ello, esta definición combina la ventaja de incluir todos los fenómenos populistas con la desventaja de no excluir a los que no son populistas.

En los últimos años, cada vez más politólogos han definido el populismo como una ideología o discurso. Aunque los detalles de las definiciones varían, casi todas comparten al menos dos componentes: (1) una oposición fundamental entre “el pueblo” y “la élite” y (2) el populismo está del lado del “pueblo”. Muchas definiciones destacan la importancia del “sentido común” o la “voluntad general” del pueblo, que vinculan explícita o implícitamente con una concepción rousseauiana de la democracia. En la línea del creciente consenso en este campo, propongo la siguiente definición de *mínimos*: “El populismo es una ideología de núcleo poroso, que considera que la sociedad está dividida en dos grupos homogéneos y antagónicos —‘el pueblo puro’ frente a ‘la élite corrupta’—, y que sostiene que la política

1 K. Weyland, “Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics”, *Comparative Politics*, vol. 34, núm. 1, octubre de 2001, p. 14.

2 C. Mudde y C. Rovira Kaltwasser, “Political Leadership and Populism”, en P. 't Hart y R. Rhodes (eds.), *Oxford Handbook of Political Leadership*, Oxford, Oxford University Press, en prensa.

3 Véase, por ejemplo, H. Bergsdorf, “Rhetorik des Populismus am Beispiel rechtsextremer und rechtspopulistischer Parteien wie der ‘Republikaner’, der FPÖ und des ‘Front National’”, *Zeitschrift für Parlamentsfragen*, vol. 31, núm. 3, 2000; M. Canovan, “Trust the People! Populism and the two faces of democracy”, *Political Studies*, vol. 47, núm. 1, 1999, pp. 2-16.